

Penélope y Ulises

Dando la espalda a la multitud que formaban sus pretendientes reunidos, Penélope tejía, con la mirada perdida en el mar. A veces, un largo suspiro se escapaba de su pecho. Pensaba en Ulises, su esposo, que había partido veinte años atrás, y se sorprendía a veces diciendo:

—Dime, ¿cuándo volverás...?

A menudo, se dirigía así al que seguía amando, prolongando indefinidamente el eco de su presencia.

—¡Penélope —le dijo de pronto Eurímaco—, debes elegir a uno de nosotros! A esta altura, Ulises debe estar muerto, lo sabes perfectamente.

Penélope no creía ni una palabra. Diez años antes, se había enterado de que, gracias a la astucia de su marido, la ciudad de Troya, por fin, había sido tomada y devastada.

Pero a sus ojos, no habría verdadera victoria hasta el regreso de su marido.

—¡Ítaca precisa un rey! ¿Cuándo te decidirás a volver a casarte?

—¿Debo repetírtelo, Eurímaco? —respondió suavemente—. Me casaré recién cuando haya terminado mi labor.

—¡Hace tres años que estás tejiendo esa mortaja! —refunfuñó Antínoo, otro príncipe de la isla—. ¡Me parece que tejes de manera muy lenta!

Tejer una mortaja era un trabajo sagrado. Además, ésta estaba destinada a Laertes, padre de Ulises, que era muy anciano.

Pérfido, Eurímaco agregó:

—Sí, tu labor avanza mal, Penélope. Según mi parecer, deberías apurarte, pues los días de Laertes están contados.

Penélope se estremeció sin atreverse a replicar. Día a día, los pretendientes al trono se inquietaban. En cuanto a su hijo Telémaco, había partido en busca de su padre. Sola, Penélope tenía cada vez mayor dificultad en contener la impaciencia de todos esos nobles que querían desposarla para tomar el poder. Fiel a Ulises, la reina había perdido la juventud, pero no las esperanzas. Se retiró a sus aposentos sin dirigir siquiera una mirada hacia esos hombres codiciosos.

El alba estaba aún lejos cuando Penélope se levantó. Dejó su dormitorio con pasos sigilosos y llegó a la gran sala del palacio. Acercándose a la mortaja, tiró del hilo que sobresalía y comenzó a destejer lo que había hecho el día anterior. Esta es la razón por la cual su labor no avanzaba: ¡desde hacía muchos meses, Penélope deshacía cada noche el trabajo de todo el día!

De repente oyó un ruido, se dio vuelta y reconoció a una sirvienta que, asombrada, observaba la maniobra de su ama.

—¡Espera! —exclamó Penélope—. ¡No te vayas, voy a explicarte!;

Pero la muchacha había desaparecido. Y cuando Penélope, a la mañana, entró en la sala del palacio, fue recibida por cien miradas severas o burlonas. Furioso, Eurímaco exclamó:

—Penélope, ¡has estado burlándote de nosotros! ¡Tu sirvienta nos explicó la estratagema! —agregó, señalando la mortaja—. Esta vez, ya no te escaparás por medio de una traición. ¡Hoy te casarás con uno de nosotros!

En un rincón de la habitación, varios pretendientes se hallaban cómodamente sentados. Otros habían traído toneles y habían comenzado a beber el vino del rey. Los más atrevidos ya daban órdenes a los domésticos como si el palacio les perteneciera. Penélope comprendió que estaba perdida: si no elegía un marido, esos nobles iban a enfrentarse y a vaciar el palacio. Entre ellos, Eurímaco, el más rico y poderoso, tenía la arrogancia del que está seguro de ser elegido.

Ah, Ulises —murmuró Penélope desesperada—, ¿cuándo volverás?

—Pronto —le susurró al oído una voz familiar.

El muchacho que acababa de unirse a la reina no era Ulises... ¡sino Telémaco! Su hijo único estaba por fin ahí. Penélope se arrojó a sus brazos. Los pretendientes permanecieron un momento desconcertados por esa irrupción inesperada. El hijo de Ulises había crecido en fuerza y en belleza; su regreso contrariaba los proyectos de cien pretendientes. Pero Eurímaco, lleno de altanería, dijo:

—Y bien, Telémaco, ¿has encontrado a tu padre?

—No. Pero estoy seguro de que está vivo. Y sé que estará aquí dentro de poco.

—Vaya —agregó Antínoo observando a Telémaco—, tienes pelo en el mentón, ahora... ¿Qué dices, Penélope?

La madre de Telémaco aprobó temblando. Todos sabían que antes de partir, Ulises había dicho a su mujer: "Si no vuelvo, espera para casarte otra vez a que nuestro hijo tenga barba".

Esta vez, Penélope no tenía más razones para retroceder. Pero elegir un protector le resultaba odioso. Y entre esos hombres que detestaba, ninguno era mejor que otro. Cuando estaba por contestar, un sirviente y un mendigo se presentaron:

—¡Eumeo! —exclamó Penélope sonriendo—. Entra, ¡eres bienvenido!

Eumeo era el porquerizo del palacio. Se inclinó y señaló al hombre que lo acompañaba. Era un mendigo harapiento, mayor y aún más sucio que él.

—Gran reina —dijo Eumeo—, este viajero pide hospitalidad.

—Ven, buen hombre —dijo Penélope extendiéndole la mano al desconocido—. Come, bebe y descansa: en mi palacio estás en tu casa.

—Este palacio —interrumpió Eurímaco— pertenecerá a partir de ahora al hombre con el que te cases. ¡Ahora te instamos a elegirlo!

Los cien pretendientes reunidos aprobaron, amenazadores. Y mientras se retomaba la conversación, a Penélope le intrigaba el comportamiento del viejo perro de su esposo: el animal, que hoy estaba ciego y casi inválido, había dejado a rastras su rincón, cercano al trono vacío del rey; cuando llegó a los pies del mendigo, alzó la cabeza, gimió con debilidad y lamió las manos del viajero, que lo estaba acariciando. Después de eso, el perro, que parecía sonreír, exhaló su último suspiro, acurrucado en los brazos de aquel.

—¡Maldito pulgoso, sal de aquí! —le espetó Eurímaco.

—No —ordenó Penélope, asaltada por un presentimiento—. Euriclea, trae una vasija con agua tibia y lávale los pies a nuestro huésped.

Euriclea era la sirvienta más anciana del palacio. Había sido la nodriza de Ulises. Se apresuró a obedecer a su ama, que no hacía más que respetar las tradiciones de la hospitalidad.

Antes de ir a sentarse, el mendigo se inclinó al oído de Penélope para susurrarle:

—¡Di que te casarás con aquel que sepa tensar el arco de tu esposo!

Estupefacta, Penélope miró al desconocido junto al que Euriclea se afanaba. No, era demasiado viejo y demasiado feo para ser su marido disfrazado. Sin embargo, ese era su estilo, introducirse de incógnito para confundir a sus enemigos.

Alzando nuevamente la cabeza, Penélope, perturbada, repitió palabra por palabra:

—De acuerdo: me casaré... ¡con el que sepa tensar el arco de mi esposo!

Sorprendidos, los pretendientes se consultaron con la mirada. El primero, Eurímaco, reaccionó:

—¿Nos lanzas un desafío? ¿Y si veinte de nosotros lo logran?

—En tal caso —replicó Telémaco—, mi madre organizaría un concurso de tiro y se casaría con el vencedor.

Penélope miró a su hijo. No estaba en su carácter tomar iniciativas tales. La ausencia y la experiencia, sin duda, lo habían hecho madurar. En ese instante, la vieja nodriza de Ulises dio un grito; acababa de descubrir una cicatriz en la rodilla del mendigo.

—Oh, es una vieja herida —dijo este—, ya no me duele.

Telémaco ya estaba regresando con el enorme arco de su padre y varias aljabas llenas de flechas. Iba acompañado por Filecio, un fiel servidor que cargaba una docena de hachas.

—¡Seré el primero en probarlo! —decretó Eurímaco.

Tomó la cuerda y la tensó tan fuerte, que su rostro enrojeció.

—No insistas —se burló Antínoo—. ¡La madera ni siquiera se ha doblado!

Tomó a su vez el arco y trató de tensarlo. Sin éxito.

—Dámelo —dijo otro pretendiente empujando a sus compañeros.

Fracasó como los dos primeros. Pasaron las horas. Y cuando cayó la noche, ninguno había podido lanzar una flecha. Fue entonces cuando se alzó la voz del viejo mendigo:

—¿Tal vez hay que ablandar ese arco? ¿Me permiten?

Antes de que alguno pensara en interponerse, Telémaco extendió el arma al desconocido y empujó a Penélope hacia la puerta.

—Madre —le murmuró—, será mejor que partas.

Quiso protestar. Pero con una señal de su hijo, Filecio la obligó a dejar la sala; una vez afuera, Penélope oyó que trababan la puerta. Pensativa, regresó a sus aposentos. De repente, vio en la habitación de su hijo decenas de espadas y de lanzas apiladas.

—Pero... ¡son las armas de mis pretendientes! ¿Quién ha ordenado que las junten aquí? ¿Y por qué?

Provenientes de la sala del palacio, un inmenso clamor y gritos de espanto le respondieron. Entonces, una loca esperanza invadió su corazón...

¡Delante de los pretendientes anonadados, el viejo mendigo acababa de tensar, sin esfuerzo, el gran arco de Ulises! Aprovechando su sorpresa, Telémaco, por su parte, había fijado en forma de estrella las doce hachas en el muro, superponiendo los agujeros que perforaban el extremo de cada mango. El orificio único que ofrecían se había vuelto así el centro de un pequeño blanco.

Telémaco exclamó:

—¡Recuerden! ¡Sólo mi padre podía tensar su arco! ¡Y nadie más que él pudo nunca alcanzar un objetivo tan pequeño!

Sin turbarse, el mendigo apuntó... y tiró. La flecha atravesó la estancia y fue a clavarse en el centro del blanco. Surgió un grito, que se multiplicó, en el que se adivinaban el estupor y el temor:

—¡Es Ulises!

—No puede sino ser él. Sin embargo, ¡es imposible!

Entonces, el mendigo se arrancó los harapos de una vez.

—¡Sí! —tronó—. Soy yo, Ulises, ¡el amo de esta isla y de este palacio! Esta mañana, los feacios me han dejado en la playa de Ítaca. Y gracias a Atenea, que supo envejecerme y disfrazarme, helos aquí a ustedes engañados. ¿Codiciaban a mi esposa? ¿Buscaban suplantarme?

—¿Quién te contó esas mentiras? —dijo Eurímaco, haciendo muecas.

—¡Eumeo, mi fiel porquerizo! Sin reconocerme, me ha recibido. Gracias a él, supe del engaño que tramaban. Con su ayuda y la de mi hijo, ninguno de ustedes se me escapará.

Eurímaco hizo un gesto para huir. Pero el bravo Filecio cuidaba la puerta, que estaba trabada. Antínoo, por su parte, quiso tomar su espada. Pero al igual que los otros pretendientes, comprendió que estaba desarmado. Entonces, se lanzó hacia las hachas. Una flecha le atravesó la garganta y lo detuvo en su impulso. Ulises ya estaba apuntando a otro, mientras gritaba:

—¡Telémaco, Filecio, Eumeo... apártense!

A la noche, Penélope se sobresaltó: había un desconocido en el umbral de su habitación. Se levantó, se acercó al hombre e intentó identificarlo a la luz de la luna.

—Bien, Penélope —murmuró—, ¿no me reconoces?

Temblando de pies a cabeza, no se animaba a comprender. El viajero iba acompañado por Telémaco y Euriclea.

—¡Es él, ama! —le aseguró la nodriza en un sollozo.

—Es él —le confirmó Telémaco—. ¿Madre, aún dudas?

Dudaba. No quería creer en esa felicidad demasiado grande que barría de golpe tantas tristezas acumuladas.

—Vaya —susurró Ulises, con un nudo en la garganta—, sólo dos seres me han reconocido: mi perro, que me esperó para morir; y mi nodriza, que identificó la herida de la rodilla que antaño me hizo un jabalí. ¿Pero tú, Penélope, mi propia esposa, no me reconoces?

No. Ese Ulises que había surgido hoy le parecía más extraño que el fantasma familiar con el cual conversaba y cuyo recuerdo había cultivado.

—¡Atenea, ilumíname! —imploró.

La diosa lo oyó: de un golpe, Ulises fue vestido con un rico manto, y su rostro cobró el brillo y la belleza de los héroes.

—Para probarte que no se trata de un engaño de los dioses —agregó él—, voy a darte la prueba de que soy tu esposo: ¿ves nuestro lecho? ¿Qué otra persona sino yo podría describirlo con precisión?

Lo hizo, y con tales detalles que Penélope, enseguida, se arrojó entre sus brazos.

—Ulises —balbuceaba entre lágrimas, sin dejar de palpar el rostro amado—. ¡Ulises, por fin, eres tú! Sí, has regresado...

—Veinte años más tarde —concluyó él—. Y después de cuántos viajes...

—Yo —le respondió ella—, no he salido de la isla de Ítaca. ¡Sin embargo, tengo la impresión de ser una náufraga que está errando desde hace veinte años y da por fin con tierra firme!

Se abrazaron. Telémaco y Euriclea dejaron el dormitorio en puntas de pie. Y Atenea, en su bondad, prolongó indefinidamente la noche del reencuentro de los esposos.

A la mañana, cuando volvieron a la sala del trono, ya no quedaban rastros de la masacre de la víspera. Penélope vio entonces, abandonada en un rincón, su labor inconclusa. Se acordó de los años pasados en la espera de su esposo y suspiró.

—¿Qué es? —preguntó el rey de Ítaca palpando el tejido.

—Una tela que estaba hilando... para pasar el tiempo.

Tiró del hilo. Y era como si Penélope volviera atrás, como si se borrarán, acelerados, la impaciencia, la espera y los años. Pronto no quedó nada de la labor tantas veces recomenzada. Sólo un recuerdo agudo y doloroso.

—¿Qué importa ahora? —dijo suspirando.

Sí: la mortaja del viejo Laertes podía esperar. Ulises, Penélope y él vivirían aún mucho, mucho tiempo más.